

# El Magón para Guido Sáenz

Hay muchas cosas que pueden decirse, además de las que dice el jurado, sobre el otorgamiento del premio Magón a Guido Sáenz. Para mí, sin embargo, de todas ellas hay dos de una jerarquía superior:

1. Guido Sáenz es el inspirador y realizador de toda una jornada cultural en Costa Rica cuyas repercusiones a largo plazo pueden llegar a ser tan importantes como la declaratoria de la enseñanza gratuita y obligatoria en el siglo pasado o, en este siglo, la creación de la Universidad de Costa Rica y la apertura de la enseñanza universitaria privada. De igual o parecida entidad son para mí la fundación de la Editorial Costa Rica y la enseñanza de la computación en la escuela. Desde este punto de vista, no dudo en poner a Guido Sáenz a la misma altura de precursores y grandes maestros del pasado, como Mauro Fernández y Luis Demetrio Tinoco, y preclaros ministros de educación del presente, como Fernando Volio Jiménez y Francisco Antonio Pacheco.

2. Guido Sáenz es el iniciador o ejecutor de una de las contribuciones más notables al mejoramiento de la calidad de la vida de los habitantes del área metropolitana desde que San José dejó de ser la Boca del Monte, para convertirse en capital de la República. Es pionero y constructor de obras de embellecimien-



GUIDO  
FERNANDEZ

to y salud, tanto estéticas como físicas. Después de la construcción del Teatro Nacional solo recuerdo un esfuerzo semejante, el del ex gobernador de San José, Carlos Lara, que se propuso rescatar los parques de la ciudad, y la apertura, todavía inconclusa, de la avenida segunda.

Gracias a la reorganización de la Orquesta Sinfónica Nacional y a la creación de la Orquesta Sinfónica Juvenil, Costa Rica es un país menos vulgar, los jóvenes músicos costarricenses pueden ganarse la vida en un ambiente profesional respetable y todos los órdenes de la vida musical del país, desde los clásicos hasta los populares, muestran notables avances en inspiración, talento y oficio.

La creación del Museo de Arte Costarricense es otra obra de no menor rango, que sacó a los maestros de las artes plásticas de nuestro país del recinto egoísta de la colección privada o institucional, para ponerlos como quien dice en la acera.

Aunque muchos se disputan la paternidad de la Plaza de la Cultura, y quién sabe cuántos la de La Sabana, pocos pueden negarle a Guido Sáenz la responsabilidad de la ejecución de esas obras, por las cuales habría que darle a Guido Sáenz no solo un premio sino, algún día, erigirle un monumento. Con ellas Guido Sáenz desvirtuó para siempre la visión rural del costarricense y la agorafobia del josefino, ensanchó el horizonte de una metrópoli infartada por el mal gusto y la negligencia e indujo al presidente Arias a confiarle la continuación de ese esfuerzo, el Parque de la Paz. Este y las plazas de la Justicia y de la Democracia son hitos en la tarea de darle silueta propia al todavía mutilado urbanismo

costarricense.

Guido Sáenz ha hecho muchas cosas más y bien. Su educación como pianista está asociada a su vocación musical y ésta, sin duda, tiene relevancia en lo que ha hecho como generador de toda esa transformación del país en materia de profesionalización de la música. Como actor impulsó desde el viejo Arlequín lo que hoy en día es, gracias a él y a muchos, un pujante movimiento teatral. Como entrevistador hace el programa de la televisión –Atisbos, de la UNED– más antiguo del país y uno de los dos totalmente dedicados a los temas culturales (el otro es el de Alberto F. Cañas). Ya tiene grises las sienes, y sin embargo está incursionando en la dramaturgia con una obra con la que inaugurará la temporada de la Compañía Nacional de Teatro este verano. Además es dibujante, crítico musical, tributario de la página 15 de La Nación. Todas estas cosas las ha hecho por decisión propia o porque ha tenido la virtud de comprometerse en la tarea de gobiernos que lo han llamado a colaborar como viceministro, ministro o asesor, como el de Figueres en 1970, el de Oduber en 1974 y el de Arias en 1986. Pero ni los tres presidentes, ni los ministros de cultura con quienes ha trabajado –Alberto F. Cañas, Carmen Naranjo, Carlos Francisco Echeverría– habrían logrado proezas como las que el país les agradecerá eternamente, si su brazo derecho no hubiera sido Guido Sáenz.

Creo que de Guido Sáenz puede decirse, en una palabra, que se le premia porque en la segunda mitad de este siglo ha realizado un trabajo tenaz, infatigable, casi obsesivo, para que Costa Rica llegue a ser, además de la nación más democrática, igualitaria y desarrollada del Tercer Mundo, la más culta.